

SERMÓN MORAL

SOBRE LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA.

*¿Quare fremuerunt gentes, et populi
meditati sunt inania?*

¿Por qué se han embravecido tanto
las naciones, y los pueblos han medi-
tado vanos proyectos?

(Ps. II, v. 1.)

He aquí, hermanos muy amados de mi corazón y de mi alma, he aquí las palabras con que deploraba David en profética intuición las persecuciones de la Esposa Inmaculada del Cordero Divino, y en especial ese odio satánico que, atizado hoy por los maquiavélicos planes formados en los repugnantes antros de las sociedades secretas, resplandece tristemente por desgracia, lo mismo en los gabinetes de la diplomacia que en el taller del obrero y en el sagrado y antes apacible recinto del hogar doméstico, agitado por las horrorosas convulsiones de la política, de la impiedad, de la corrupción y del desorden general que nos oprime, socavando, ya muy de prisa por cierto, los cimientos sociales en todos los terrenos.

La Santa Sede, privada de su poder temporal, sancionado por las necesidades de la religión como por el derecho de gentes en tantos siglos; el Pontificado supremo privado de todo recurso, reducido á las oblacones de los fieles, ni más ni menos que en la época de las Catacumbas y de los mártires; el Papa encerrado en el Vaticano, y presenciando uno tras otro los más increíbles atropellos de sus derechos y de sus institu-

ciones; y las naciones, es decir, sus representantes, cruzándose de brazos ante toda esa conculcación y ante todos esos desafueros, bajo el pretexto especioso de las anexiones y de los hechos consumados; y la Iglesia en general sometida al poder civil en todas partes, con muy contadas honrosas excepciones, y recibiendo de ese poder una escasa y mermada sustentación, que se le suspende en una ú otra nación por más ó menos tiempo, según los vaivenes de la política y las crisis de la revolución triunfante.

No quiero comentar precisamente en esta mañana el salmo de que he tomado las palabras de mi tema; fuera tarea muy superior á mis fuerzas, y muy extensa para lo que consienten los marcados estrechos límites de este sencillísimo trabajo mío: vengo únicamente á enumerar, aunque á la ligera, las causas y resultados de esa persecución, tan implacable como injusta; á hacer brillar, un instante siquiera, la poderosa fuerza de la verdad, en la defensa de los derechos y de las virtudes de la Iglesia de Jesucristo; y á hacer á la vez comprender, no precisamente á las sectas, que ya los preven y los desean, sino á la sociedad inconsciente que se presta á sus planes, todo el alcance y la extensión del mal que esa persecución ciega y horriblemente perseverante puede tener, y está ya causando á ella misma, para impedirle su legítimo y racional progreso y civilización de que tanto se ufana, sumiéndola, en conclusión, en el más espantoso abismo.

¡Dios mío, vuestra es la causa, y de esta sociedad desventurada es también la causa que á defender vengo en estos momentos: hablad, pues, por mis pobres é indignos labios el lenguaje de la verdad, Vos que sois la verdad misma: os lo pedimos por la intercesión de vuestra Madre, á la que saludamos reverentes con el Arcángel:

AVE MARÍA

A la pregunta formulada por David más de mil años antes que se levantaran las primeras persecuciones contra la Iglesia

católica, contestaba casi inmediatamente su hijo Salomón, en el precioso Libro de la Sabiduría: ¡y esa respuesta, reproducida bajo las bóvedas augustas de nuestros templos en los días solemnes en que conmemoramos los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, la escucha impasible esta pobre sociedad que, materializada como el pueblo deicida, sólo sabe aplicarla á aquellos grandes sucesos! ¡Y los mismos que persiguen y oprimen á la Iglesia, ó por lo menos coadyuvan á esa persecución y opresión de todo punto injusta, cruel é incalificable, se sienten conmovidos al escuchar ó al repetir la lectura de esas proféticas páginas, que deplorando la ruina del pueblo judío deploran para siempre la de todos los pueblos que faltan á su fe, y á sus tradiciones, y á su conciencia!

Oprimamos al justo, porque es contrario á nuestras obras: he aquí la causa principal, motiva, primaria, de esa persecución que durante diez y nueve siglos viene presenciando el mundo respecto de la Iglesia católica; pero causa eterna de la lucha eterna también entre el error y la verdad, el bien y el mal, la virtud y el vicio, incesante é inicua opresión del derecho por la fuerza bruta.

¡Conque oprimir al justo, es decir, en nuestro caso, al Vicario de Cristo y á su Iglesia, representante de la justicia y de la verdad, porque contradice nuestras obras, es decir, las obras de iniquidad de la masonería, de corrupción y libertinaje de la sociedad contemporánea! ¡Porque ejerce, como no puede hacer otra cosa, el derecho de autoridad y de enseñanza que le confió su Fundador divino! ¡Porque guarda cuidadosa y solícita el depósito de la verdad, según la palabra de San Pablo á su amado discípulo! ¡Porque no transige nunca ni jamás con las obras de las tinieblas Ella que habita en una accesible luz!

¡Sí, hermanos míos, sí: esa es la gran razón, la única y verdadera causa de las persecuciones de la Iglesia en todos los siglos, como de la opresión de los justos en todas las edades! Y por si acaso lo duda alguno todavía, los impíos declarados

y francos, en cuya boca pone Salomón esas palabras, nos han de aclarar con más riqueza de horribles detalles ese misterio de iniquidad.

Ya no hablan precisamente de sus obras, que contradice el justo con su palabra y con su ejemplo: hipócritas como la mentira, de cuyo padre proceden, no se atreven á enumerar precisamente esas obras suyas que contradice el justo, y se contentan con presentar las de este rodeadas de tiranía, de orgullo, de singularidad y exigencias de todo género á su parecer.

Se llama Hijo de Dios y dice poseer la ciencia divina; se aparta de nuestros caminos como si fueran inmundos; nos arroja al rostro los pecados contra la ley; y después de todo, concluyen: no nos hace falta; es inútil para nosotros.

¡Que se llama Hijo de Dios! ¿No ha dado, por ventura, suficientes pruebas de su divina filiación y del cumplimiento de las promesas de Dios para con Ella? ¿No habéis visto en diez y nueve siglos que lleva de existencia esa institución salvadora y benéfica los resultados infalibles é inefables de esa ciencia divina que da solución á todas las dificultades, que resuelve todas las cuestiones, que es, en fin, la luz, la verdad, el bien, el camino y la vida en todos los terrenos? ¿Qué han podido contra la Iglesia, por otra parte, los esfuerzos gigantescos de esa vuestra ciencia sin Dios, las combinaciones diplomáticas de los Estados ateos, los sofismas de los sectarios, las investigaciones de las ciencias físicas y naturales apartadas de la fe, las violencias de los poderes temporales? ¡Ah! ¡Con toda vuestra ciencia, y vuestra sagacidad, y vuestros medios infinitos de ataque, y vuestros recursos, tomados hábilmente en la política y en la revolución, nada habéis podido! ¡Y vosotros, que negáis ó aparentáis negar esa ciencia, y la creéis ofensiva y depresiva para el desarrollo del espíritu humano y del progreso indefinido á que decís aspirar en manos de la Iglesia, creéis en el espiritismo y veis visiones, porque no contentos con fiar en la palabra del hombre, fiáis sin recelo en la palabra de Luzbel!

¡Que se aparta de vuestros caminos como si fueran inmundos! ¡Que os arroja al rostro vuestras transgresiones de la ley! ¡Pues no faltaba más sino que siendo la Maestra de la verdad y la Celadora de la moral y de las costumbres, se hiciera, por torpe complacencia y por no excitar vuestras injustas iras, cómplice de vuestras iniquidades! Vuestros caminos, ¿son los caminos de Dios? ¿Son puros, rectos y agradables como los de Noé en su presencia? Semejantes á la generación maldita que excitó en sus iniquidades la cólera de Dios provocando el diluvio, toda carne ha corrompido hoy como entonces sus caminos; y cuando la Iglesia indica el arca de salvación única, que es Ella misma, esta generación depravada y adúltera, según la frase misma del Salvador al desdichado pueblo israelítico, se burla de los trabajos de la Iglesia, como se burló aquella de los del anciano salvado de la catástrofe universal, y le pide una señal: ¡y esta señal, lo ha dicho también Jesucristo, será la de Jonás Profeta! ¡Y esa señal, añadiré yo, es la resurrección de la Iglesia, en este como en todos los pasados siglos, mientras la sociedad perece anegada en las corrientes que ella misma ha suscitado en las cataratas que hizo abrir en los abismos que se ha preparado!

¡Qué extraño es, pues, que la Iglesia, Madre amante, grite! ¡Qué tiene de particular, ni de injusto, ni de irracional, ni de reprehensible, que en su cualidad de Maestra y de Juez, arroje al rostro de la sociedad, á la que muy de veras ama y compadece, las transgresiones de toda ley, eterna, temporal, divina, natural y positiva? ¿No las están atropellando todas, y en todos los terrenos, y á todas horas, los mismos que con cinismo inconcebible alardean de ciencia, de moral, de religión, de orden y de respeto á las leyes? ¿No se han introducido hasta el santuario, y no contentos con apoderarse de sus bienes, quieren apoderarse hasta de sus Sacramentos, en sus bautismos, matrimonios y entierros civiles?

Oprimámosla, repiten, porque es inútil: ¡ingratos! ¿Qué queréis significar con eso? ¿Que ahora que la habéis despojado

de las oblaciones de la piedad antigua no puede ya edificar templos suntuosos para proteger á las artes, ni hospitales para atender á la desgracia, ni universidades para educar á los hijos del pueblo? ¿Y es ese el pago que dais á tantos y tan señalados beneficios? Pues sabed que Ella es poderosa, como su Fundador divino, para recoger todavía esas piedras del santuario dispersas, humeantes aún, de vuestros destrozos vandálicos, y hacer mucho, muchísimo, tanto y más que en los siglos de su mayor gloria y apogeo! ¡Porque Dios que la dirige, y la inspira, y la sostiene, es poderoso para suscitar de esas piedras hijos de Abraham, como que tiene en sus manos el corazón del hombre! ¿No la estáis hoy viendo, en medio de su pobreza y de sus contradicciones, levantarse en mil instituciones benéficas, y hacer pasar á manos del pobre, del genio y del artista el óbolo que Ella, augusta y divina pobre, recoge de manos de sus hijos?

¡Que es inútil! ¡Pobre sociedad; qué fuera de ti sin su apoyo! ¡Si algo queda en el mundo en honradez, sosiego, paz, virtudes; si todo se ha perdido ya menos el honor, es en el seno de la Iglesia, que persigues porque juzgas que ya pasó su época, y que no te sirve para nada cuando no es una rémora positiva, como aun te atreves á blasfemar, para tus soñados y utópicos adelantos! ¡Si aún hay almas grandes, nobles, generosas; si aún existe ardimiento para las esforzadas empresas; si en medio del rebajamiento general se observan caracteres y corazones de temple heroico, esos proceden de la Iglesia perseguida! ¡No digas, pues, que no te hace falta, que es inútil, ni menos la oprimas para que desaparezca, si ser pudiera! ¡Eso será tu ruina, sin ser la suya propia!

*Pero aún escucho las últimas acusaciones, que los enemigos de Jesucristo, Fundador de la Iglesia, detallaron contra su virtud y misión divina: la Iglesia, decís vosotros, como ellos dijeron de su Cabeza y Jefe, *se atribuye título de Rey, proclama la rebelión y prohíbe dar tributo al César.**

¡Callad, callad, hombres que decís cimentar el principio

de autoridad buscándole fuera de su natural cauce y origen! ¡Callad, porque la Iglesia, como Jesucristo, es el más firme apoyo de su augusto principio cabalmente! ¡No invoquéis formas de gobierno, ni principios políticos, ni nada! ¡Registrad la historia, y veréis lo que es, ha sido y será siempre la Iglesia en este punto!

Escuchad las palabras de su Fundador, oid las de San Pablo, examinad su constante é invariable línea de conducta en este particular, y la veréis siempre inculcando la más perfecta obediencia á los poderes constituídos, para confundiros á vosotros, constantes perturbadores del orden social; la veréis prestando al Estado toda su fuerza, toda su influencia, todas sus gracias, todos sus recursos; interesándose vivísimamente en todas sus crisis, y calamidades, y desgracias, y peligros; ayudándole con sus consejos y su autoridad, en la penosa tarea de gobernar bien los pueblos, y veréis de parte de quién está la razón y hasta la necesidad de conservación y existencia propia, y de conveniencia pública: ¡no pongáis jamás, sobre todo en serio, esta objeción, que os parece la más fuerte, los que vivís en la conspiración y el desorden! ¡No la indiquéis siquiera, los que proclamáis *la Iglesia libre en el Estado libre*, después de haberla arrebatado todo lo que poseía para su natural y precisa independencia! ¡Guardadla para mejor ocasión, los que anatematizando á todas horas los que llamáis excesos de la potestad eclesiástica, os habéis intrusado hasta en el régimen espiritual é interior de esa misma Iglesia, y tratado de secularizar hasta sus cementerios!

Basta: ya conocemos las causas de esa persecución, y envueltas en ellas, por lógica é inevitable trabazón de las ideas, los resultados de la misma: ¿con qué se pretende reemplazar esa institución, esa moral, esa doctrina que siempre ha formado, forma y formará la única y verdadera dicha de los pueblos, de las sociedades, de las familias y de los individuos? Con nada: con edificaciones sobre arena derribadas una tras otra y en seguida por los huracanes revolucionarios que agitan cada vez

más las inmensas soledades donde no se establece como dique de contención á sus estragos el muro indefectible de la Iglesia católica.

Es decir, que si las causas de la persecución son injustas y ridículas, los resultados son también contraproducentes hasta el extremo; que la Iglesia perseguida vive y vivirá hasta la consumación de los siglos, según la infalible promesa de Dios y la experiencia constante de diez y nueve siglos de borrascas á veces no menos deshechas que la presente; y que la sociedad, empeñada en destruirla, perecerá, miserable, como el hijo pródigo en las lejanas tierras de la incredulidad y del vicio, del materialismo, del desorden y de la disolución más completa.

Hijos de los hombres, concluiré ya con el Profeta, ¿hasta cuándo habéis de ser tardos de corazón? ¿Por qué amáis la mentira y aborrecéis la verdad? Cesad, cesad ya en vuestra obcecada persecución y satánico proyecto, por otra parte vano, de destruir á la que es indefectible por su naturaleza, y por su naturaleza también amante Madre, infalible Maestra y Salvadora de la humanidad, en todas las épocas como en todos los terrenos. ¿Buscáis ciencia? Ella la tiene. ¿Necesitáis luz? Ella conoce su origen. ¿Apetecéis consuelo? Su mayor delicia es prestarlo. ¿Anheláis felicidad? ¡Sólo en su seno se encuentra!

Madre mía, Iglesia única y verdadera, en cuyos amorosos brazos me colocaron mis padres recién nacido, á cuya sombra se sentaron mis maestros, bajo cuyo manto ascendí al sacerdocio y bajo cuya dulce mirada espero morir; tuyo soy, y tuyo es todo lo poco que valgo, y á ti someto siempre y por siempre mi cabeza, mi corazón, mis escritos y mis palabras; que la sociedad te conozca al fin, Madre querida; y que amándote como mereces aquí, pueda formar, por tu medio, sociedad dichosa y eterna en el cielo.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN MORAL
SOBRE LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA.

*¿Quare fremuerunt gentes, et populi
meditati sunt inania?*

¿Por qué se han embravecido tanto
las naciones, y los pueblos han medi-
tado vanos proyectos?

(Ps. II, v. 1.)

Exordio, Estado de la sociedad respecto de la Iglesia.—La Santa Sede y las naciones católicas.—Causas y resultados de la persecución actual á la Iglesia.

Pregunta de David en el tema, y respuesta de Salomón.—Lucha eterna del mal por oprimir al bien.—Aplicable, hoy sobre todo, al odio satánico moderno: *Opprimamus virum justum, quoniam contrarius est operibus nostris.* —¿Qué obras son esas que callan los impíos?—¿Cuáles las del justo?—Vamos á detallarlas.—*Se llama Hijo de Dios.*—Lo es la Iglesia, y ha dado pruebas de su filiación divina.—*Dice tener ciencia y autoridad divina.*—También lo ha probado hasta la evidencia.—*Se aparta de nuestros caminos como inmundos.*—No puede hacer otra cosa.—Estado de la sociedad de hoy.—Noé y el diluvio.—El arca.—Destrucción social.—*Nos echa en cara las transgresiones de la ley.*—Por que es Juez y Maestra.—Atropellos é intrusiones.—Despojada la Iglesia de todo, y atacada hasta en los sacramentos.—*Es inútil, no nos hace ya falta.*—Ingratitud.—Brillante pasado, debido á la Iglesia.—Ruinas revolucionarias.—Aún no es inútil.—El porvenir es suyo.—Qué sería sin ella la sociedad.—Fin

desastroso é inmediato.—La Iglesia no puede morir.—Últimas acusaciones.—Las que se hicieron á su Fundador.—*Se titula Rey.*—Porque lo es realmente, y sin menoscabo de los poderes terrenos.—*Contradice al César.*—*Prohibe darle los tributos.*—Calumnias é impudencia.—Palabras de Jesucristo primero, y de San Pablo después, sobre este particular.—La Iglesia, el más firme sostén y apoyo del principio de autoridad en todos los Gobiernos.—Inmensa fuerza que les presta á cambio de protección.—Qué serían sin ella.—Intrusiones é ingratitudes del poder secular.—No hay con qué reemplazar á la Iglesia.—Es, pues, necesaria para el mismo orden social.—Súplica.
